

## Pintando cuentos

Recuerdo con claridad el día que nació Martín. Yo apenas tenía tres años y su llegada al mundo supuso un cambio importante en mi vida. Como ocurre muchas veces, mi primera actitud fue de desconfianza y celos. Sin embargo, estos sentimientos duraron un suspiro y no tardé en darme cuenta de lo maravilloso que era tener un hermano pequeño.

Pasábamos horas interminables juntos. Cuando él todavía era un bebé, yo no me cansaba nunca de cogerlo. Lo cubría de besos y le cantaba canciones. Martín escuchaba embelesado, con los ojos abiertos como platos y sin dejar de mirarme fijamente. Una vez, incluso intenté bailar vals con él, aunque mamá llegó a tiempo para impedir ninguna catástrofe. También disfrutaba mucho haciéndole cosquillas, su risa era inocente y dulce.

Pronto comenzó a gatear y a dar sus primeros pasos. Yo seguía siempre a su lado, animándolo y esperándolo con los brazos abiertos para que viniera hacia mí. Cada vez ganaba más seguridad y paseaba por la casa a sus anchas.

Un día, en una de sus expediciones a mi habitación, descubrió unos marcadores de colores. Lo encontramos de pie sobre una silla, llenando mi mesa de estudio de garabatos sin sentido. Mis padres no ocultaron su sorpresa al ver lo bien que, a su corta edad, cogía el rotulador y cambiaba de tonos. Aunque esto no le libró de la delicada regañina de mi madre, que le explicó con cariño y firmeza que se pintaba en un cuaderno o sobre un folio.

Con el paso de los años Martín crecía, y con él, su pasión por el arte. Tenía una asombrosa creatividad y sus dibujos eran reflejo de la misma. Pintaba criaturas fantásticas, llenas de color y vida.

Al principio me gustaba mirar como trabajaba, además, ¿qué otra cosa podía hacer? Ya no jugábamos juntos como antes. Ahora me había reemplazado por su caja de pintura. Aunque

me lo reprochaba interiormente, no podía evitar sentir que me había dejado de lado. Durante un tiempo me sumí en una tristeza y aburrimiento constantes.

Pero todo esto pasó a un segundo plano cuando mi hermano, con cinco años, fue diagnosticado con una avanzada enfermedad ocular. Los médicos nos dijeron que era irreversible, ya que no la habían detectado a tiempo. Nos informaron de que, aunque ahora veía algo, la situación iría empeorando hasta causar una ceguera completa.

Esto fue un golpe muy duro para Martín. El niño alegre y divertido que solía ser se convirtió en un recuerdo lejano y casi irreal. Yo hacía todo lo que podía por él e intentaba continuamente animarlo. Al principio, mi hermano se encerraba en su habitación y pintaba sin descanso. Esto no consiguió más que frustrarlo, y se inquietaba al no ver bien el resultado. Este desasosiego fue en aumento a medida que su enfermedad se desarrollaba y su visión se reducía.

Mi cabeza daba vueltas constantemente, intentando encontrar la manera de devolverle su ilusión por vivir y disfrutar. Por fin llegué a una conclusión. Había algo que a los dos nos encantaba: leer. «En realidad —pensé—. Un libro es como un cuadro».

Podíamos escribir juntos nuestras propias historias. Además, ambos salíamos ganando, él seguiría creando personajes y criaturas y yo inventaría la trama.

Enseguida puse en marcha mi plan. Se lo conté todo a Martín que, para mi sorpresa, acogió la propuesta con un entusiasmo renovado. Estábamos los dos emocionados y comenzamos a pensar los protagonistas, el argumento, el espacio, el tiempo... Esto fue mucho más difícil de lo que habíamos imaginado. Tras varias tardes sentados frente a un cuaderno en blanco, seguíamos sin obtener resultados. Aunque nos esforzamos por no demostrarlo, lo cierto es que empezábamos a perder la esperanza.

Sin embargo, las muchas horas de trabajo no fueron en vano. Los primeros borradores eran

simples y poco originales. Pero esos esbozos nos sirvieron para aprender y nos dieron la fuerza para seguir adelante. También nos dimos cuenta de que nuestra idea de escribir una novela con tan poca experiencia era muy ambiciosa y decidimos comenzar con relatos cortos. Nos armamos de paciencia y constancia, poco a poco, palabra por palabra. Finalmente, después de varias semanas de esfuerzo y dedicación, tuvimos nuestro primer cuento terminado.

Ese fue el primero de muchos y todavía seguimos escribiendo juntos. Al igual que nosotros, nuestras creaciones han madurado y mejorado. Aún así, hay personas que nos dicen que somos infantiles por hacerlo o que hay cosas más divertidas que hacer. Pero a nosotros no nos importa, nos gusta y por eso lo hacemos. Además, ¿quién dijo que escribir fuera cosa de niños?